

PERFIL DEL VOLUNTARIADO DE CÁRITAS (El ministro de la caridad)

El lenguaje de la vida cotidiana ha usado la palabra 'voluntario' para referirse a esas capacidades y actividades que se ofrecen de una forma gratuita y solidaria a tantas causas sociales hermosas que hay en nuestro entorno social.

En el lenguaje propio de la Iglesia no estaría nada mal que fuésemos tomando conciencia de que la palabra 'ministro de la caridad', es muy probable que se adapte mejor para expresar el sentido de identidad cristiana y pertenencia eclesial, porque se trata de un auténtico servicio eclesial con el mismo rango que el ministerio que presta un catequista o un lector desde su condición laical.

Aquí se presenta una reflexión para que la persona que quiera servir a los pobres desde la comunidad eclesial 'sepa' en que casa o territorio se encuentra y cuáles los códigos de sentido y entendimiento específicos que se usa esta familia humana de cristianos.

Es una oferta que va dirigida al esfuerzo de discernimiento espiritual que debe pautar el compromiso con los pobres desde la 'llamada' de Dios, que es el punto de partida de todo voluntariado cristiano o de todo ministerio eclesial

1. Identidad cristiana

Las identidades se construyen con materiales de la historia, la geografía, la biología, las instituciones productivas y reproductivas, la memoria colectiva y las fantasías personales, los aparatos de poder y las tradiciones religiosas. Los individuos y los grupos procesan estos materiales y los reordenan dándoles sentido, según las determinaciones sociales y los proyectos culturales implantados en su estructura social y en su marco espacial y temporal.

La identidad del voluntario de Caritas le viene dada por el ser cristiano que nace del sacramento del bautismo y de la fe que se tiene como don de Dios. Cuando el voluntario se siente cristiano es que disfruta del don de poderse dar respuesta a la pregunta esencial, ¿quién soy yo?, en tiempos de crisis de identidad. El voluntario de Caritas, en este sentido, debe construir su identidad asimilando en su yo personal, el ser personal de Jesús, pues el bautismo y su gracia sacramental proporcionan esta nueva consistencia ontológica personal. *Con el Mesías quedé crucificado y ya no vivo yo, vive en mí*

Cristo y mi vivir humano de ahora es un vivir de la fe en Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí". (Gál 2, 19-20) La identidad del cristiano en una auténtica 'enajenación' en Cristo por efecto de la fe y del Bautismo.

Esta identidad cristiana no se puede vivir de una forma obsesiva porque esta actitud anímica lo que esconde es una sensación vital de falta de confianza en uno mismo y miedo a una sociedad abierta y plural supuestamente capaz de disolver una frágil identidad que ha sido hegemónica en una sociedad histórica determinada. Tampoco se puede ingenuamente caer en manos del relativismo cultural por el que ayer se eligió ser marxista, hoy se opta por ser cristiano, mañana se decide ser budista y pasado mañana musulmán.

Sin embargo, con todas estas cautelas el voluntario de Caritas es un cristiano, no es fanático sectario de la identidad, ni un frívolo consumidor de productos religiosos 'a la carta' de tal forma que tiene que sentirse muy convencido de aquello de san Pablo: *Por el bautismo nos sepultamos con él en la muerte, para vivir una vida nueva, lo mismo que Cristo resucitó de la muerte por la acción gloriosa del Padre. Pues, si nos han injertado por una muerte como la suya, lo mismo sucederá por su resurrección* (Rm 6, 1-5). El voluntario de Caritas es un cristiano que tiene los mismos sentimientos que Cristo y eso es lo que le da identidad y sentido de vida, lo que le diferencia de otras identidades dignas del mayor de los respetos.

La fe cristiana es confianza en la persona de Jesús y aceptación intelectual de su mensaje evangélico, pero además es un compromiso con el amor: *lo que vale es una fe que se traduce en amor* (Gal 5,6). Y es que tanto la fe como la caridad nacen del mismo Dios trinitario porque ambas, unidas a la esperanza, tienen una consistencia teologal. Una fe que lo único que genera es un proceso pietista, intimista y privatista con Dios sin incorporar a la comunidad y a los pobres es que no se ha encontrado con un Dios que es comunidad trinitaria y caridad teologal y misericordia infinita

La identidad cristiana no es producto acabado sino un proceso abierto de progresiva identificación con Jesús en el que puede haber progresos y regresos. Así lo reconoce san Pablo y recomienda mucha generosidad y apertura de parte de la comunidad: *Al que tiene fe débil, hacedle acogida sin discutir opiniones* (Rm 14,1), sobre todo, si se pretende disponer de una preferencia evangélica por el mundo humano de la precariedad y de la debilidad.

La creencias cristianas son las convicciones fundamentales del sentido de vida

2. La pertenencia eclesial

Se pertenece a aquella comunidad con la que se comparten ya asumen las creencias, las normas de conducta, los símbolos que la representan y la estructura orgánica instituida. Pertener a la Iglesia es estar enmarcado dentro de una comunidad cristiana concreta. Sentirla como uno siente las cosas de la propia familia, hasta el punto de que las debilidades y las fortalezas de la Iglesia son las del mismo voluntario en un deseo de mejorar toda la dinámica de la comunidad. El voluntario de Cáritas se siente profundamente radicado en su comunidad parroquial, sabe que pertenece a ella, porque en ella es donde ha nacido, a través del bautismo, para vivir la fe, la esperanza y la caridad. Es necesario que el voluntario de Cáritas esté 'encontrado' dentro de la parroquia, es decir, tiene que formar parte de los grupos y estructuras orgánicas de la comunidad: caritas parroquial, asamblea parroquial, consejo de pastoral, consejo de asuntos económicos..., tiene que hacer las aportaciones económicas y personales adecuadas a la comunicación de bienes, se debe enriquecer de las oportunidad de gracia que ofrece la comunidad...

La comunidad parroquial, por su parte, tiene que liberarse de posibles complejos de inferioridad como estructura pastoral y asumir con ilusión esta visión del Concilio Vaticano II: *Cristo fue enviado por el Padre a "evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos" (Lc 4,18), "para buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19,10); de manera semejante la Iglesia abraza a todos los afligidos por la debilidad humana, más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en aliviar sus necesidades y pretende servir en ellos a Cristo" (LG 8)* La comunidad tiene que ser capaz de crecer y madurar para que los cristianos se sientan acogidos y puedan, desde ella, ir recreando su identidad y estableciendo su misión en la construcción permanente del reinado de paz y de justicia.

Todo miembro de Cáritas tiene que asumir que la acción caritativa cristiana esté debidamente radicada en la comunidad, en el sentido de que no debe permitir que ninguna acción, proyecto, o experiencia pastoral de caridad nazca y funcione al margen, o por encima de la misma dentro de su propio ámbito territorial. Vive su compromiso diaconal con los pobres como un encargo de la comunidad, al que no puede renunciar dejándose sustituir por los técnicos o delegando su responsabilidad en los profesionales. Este cristiano pertenece a una comunidad que ha asumido aquel amor de predilección por los pobres que tenían las comunidades paulinas: *"Ahora bien, muchos son los miembros, mas uno el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: « ¡No te necesito! » Ni la cabeza a los pies: « ¡No os necesito! ». Más bien los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables. Y a los que nos parecen los más viles del cuerpo, los*

rodeamos de mayor honor. Así a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. (1ª Cor. 12,18-26).

El Concilio Vaticano II considera que la iglesia es sacramento de salvación en cuanto que manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre (GS 45). San Pablo cuando trata el tema de los carismas en su primera carta a los Corintios como dones del Espíritu para el bien común de toda la Iglesia, concluye con la siguiente afirmación: *ahora os indicaré un camino mucho mejor. Aunque hable todas las lenguas humanas y angélicas, si no tengo amor, soy un metal estridente o un platillo estruendoso.* Se trata, como es evidente del himno a la caridad, himno que concluye con la rotunda frase: *ahora nos quedan la fe, la esperanza, el amor: estas tres. La más grande es el amor (1Cor 12,31-13).* Parece que la comunidad cristiana de Corinto sufría divisiones internas y el Apóstol les recuerda que no se puede caer en el uniformismo porque hay un legítimo pluralismo de carismas para el bien común, pero sobre todo debe reinar el amor que deberá regular las relaciones de la comunidad ya que es el mejor camino porque es el del Espíritu.

La Iglesia de Jesús tiene un carácter apostólico que se produce en la Iglesia particular de la que forma parte la parroquia, Iglesia en la que el Obispo nos preside en la caridad. La exhortación apostólica *Pastores greguis* afirma con rotundidad: *Como la santa Iglesia, que en el mundo es sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano, el Obispos es también defensor y padre de los pobres, se preocupa por la justicia y los derechos humanos, es portador de esperanza (PG 67).* El voluntario cristiano tiene que saber y asumir que Caritas es la acción diaconal de la Iglesia en la que el Obispo es su responsable último y definitivo. Los obispos españoles nos lo recuerdan: *El obispo, que preside la marcha de la comunidad eucarística, incluida la acción caritativa y social, es el garante del verdadero carácter 'eclesial' de esta y de integración en el proceso de evangelización (La caridad de Cristo nos apremia 32).*

Fuera de la Iglesia no hay salvación

3. El amor preferencial por los pobres

Estamos ante aquello más específico y radicalmente innovador de Jesús: Mateo: *Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?*

(22,36), Marcos: ... *¿Qué mandamiento es el primero de todos?...*
(12,28), Lucas : ... *Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?* (10,25), Juan: "*Os doy un mandamiento nuevo*"...
(13,34), Pablo: *Así que esto queda: fe, esperanza, amor; estas tres, y de ellas la más valiosa es el amor* (13,34). La identidad del cristiano en Cáritas no sólo se construye por el hecho de disponer y compartir unas creencias, sino que también debe asumir unas normas de conducta que se derivan de las creencias que dan sentido a la vida. El seguimiento de Jesús se hace desde una fe que se hace práctica concreta de amor: *lo que cuenta es una fe activa por el amor* (Gal 5, 6).

El sermón de la montaña refleja el espíritu de Jesús y es la fuente de inspiración de los comportamientos morales cristianos. Este talante y su conducta correspondiente son muy específicas en un mundo plural, por lo que se convierten en testimonio público del amor de Dios contrastado en un sociedad de la depredación económica, de la violencia política y de la manipulación cultural y mediática. *No os amoldéis a este mundo, sino idos transformando con la nueva mentalidad* (Rm 12,2). *Este mundo* es el primer eón de la apocalíptica: el mundo pecador que tiene que ser salvado. El sermón de la montaña no es un texto legal, ni siquiera moral o espiritual. Pertenece al género literario de la paradoja y de la utopía. No se puede desactivar su fuerza evangélica exigitiva y vinculante, ni se puede convertir en una propuesta aristocrática para una élite espiritual de iniciados. Desde este carácter paradójico podemos enjuiciar críticamente las éticas profanas y desde su carácter utópico podemos activar las energías del reinado de Dios. Jesús con este mensaje enérgico de las bienaventuranzas se dirige a todos los cristianos, y no sólo a los iniciados, con esta invitación tan alejada del pensamiento débil postmoderno: *Sed perfectos como lo es Dios* (Mt, 5, 48 y Lc 6,36).

La más evangélica tradición de la Iglesia en el ámbito de la catequesis ha expresado esta ética de las bienaventuranzas en lo que hermosamente se llaman las 'obras de misericordia' que todos los niños de primera comunión aprendían, se quedaban en su memoria y se convertían en referentes permanentes para activar buenas prácticas morales de servicio a los pobres. Además, tienen el acierto de orientar al niño, al joven y al adulto con unos imperativos de conducta que respondían a las necesidades primarias de los marginados, con las obras de misericordia corporales: *Visitar y cuidar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino, vestir al desnudo, redimir al cautivo, y enterrar a los muertos;* y a la necesidades secundarias de los excluidos, con las obras de misericordia espirituales: *Enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que*

yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos del prójimo, rogar a Dios por los vivos y los muertos

La moral cristiana tiene unas normas objetivas que afectan a las comportamientos personales y sociales y una normatividad subjetiva vinculada a la conciencia que es en último término quien toma las decisiones sobre las conductas prácticas. La conciencia es la sede de la responsabilidad, el lugar en el que se vive la experiencia fundamental cristiana del pecado y de la gracia. El cristiano en caritas no puede vivir su ministerio por los pobres al margen de esta vivencia fundamental de salvación, ya que final las conductas se someterán al 'juicio de las naciones' que Jesús tiene preparado y del que nadie puede sustraerse: *Cuando este Hombre venga ... se reunirán ante él todas las naciones Venid benditos de mi Padre ... Heredad el reino preparado ... porque tuve hambre y me disteis de comer ... Apartaos de mi malditos ... porque tuve hambre y no me disteis de comer ...* (Mt 25). Considerando siempre que el que nos juzga es el Padre del hijo pródigo

Juan Pablo II con un sentido histórico evidente nos dice que: *Hoy más que nunca, la Iglesia es consciente de que su mensaje social se hará creíble por el testimonio de las obras, antes que por su coherencia y lógica interna.* Tras hacer esta afirmación de signo evangelizador, vuelve a indicar que *de esta conciencia (evangelizadora) deriva también su opción preferencial por los pobres, la cual nunca es exclusiva ni discriminatoria de otros grupos".(CA 57)*

Extra pauperes, nulla salus

4. Vocación para la misión

La consideración convencional del voluntariado cree que este quehacer de solidaridad es una opción libre y responsable hecha desde una noble y generosa conciencia social. Sin embargo, la acción social y pastoral de caritas antes que una digna y respetable opción personal es una llamada que la persona recibe de parte de Dios para hacer el seguimiento de Jesús. El evangelista san Juan pone en boca de Jesús estas rotundas palabras: *No me elegisteis vosotros a mí, yo os elegí y os destiné a ir y dar fruto, un fruto que permanezca* (Jn 15,16). Por tanto, es Dios quien toma la iniciativa y el cristiano ha de tener su capacidad de escucha suficientemente entrenada por medio de la oración personal y comunitaria para poder escuchar la voz de Dios.

Esta dimensión 'vocacional' de la misión diaconal pone de manifiesto la consistencia pneumatológica o espiritual de la acción sociocaritativa.

Es decir se trata de no perder nunca de vista que el auténtico sujeto agente de la acción diaconal es el Espíritu Santo que dota de carismas a su iglesia pero lo hace de una forma muy peculiar, pues hay carismas específicos, respecto de los cuales, san Pablo nos dice ... *me queda por señalaros un camino excepcional. Ya puedo hablar la lengua de los hombres y de los ángeles ... ya puedo hablar inspirado y penetrar todo secreto y todo saber, y puedo tener toda la fe, hasta mover montañas ... ya puedo dar en limosnas todo lo que tengo, ya puedo dejarme quemar vivo, que si no tengo amor de nada me sirve* (1Cor 13, 1ss). Y es que la caridad es la razón de ser de la funcionalidad de los diversos carismas de la Iglesia, lo cual hace que la diaconía a los pobres no sea tanto un carisma específico individualizado, sino una práctica teológica y misionera para todo bautizado, independientemente de la especificidad de su carisma y de su pertenencia institucional. Ningún bautizado y ningún colectivo católico puede convertir la caridad en carisma específico y patrimonio exclusivo de misión porque es llamada universal para todo el que quiere hacer el seguimiento de Jesús dentro de su propia Iglesia

Esta llamada de Dios normalmente se produce a través de mediaciones humanas que se viven en la experiencia de la vida cotidiana, de tal forma que podemos creer que aquella persona que es muy sensible y compasiva con los pobres y excluidos, es muy posible que Dios le esté llamando para que haga un opción preferencial por ellos. *Jesús desembarcó y al ver la gran multitud (cinco mil hambrientos), sintió lástima y curó a los enfermos* (MT 14,14). Dios llama por medio de mediaciones humanas que deben tener alguna correspondencia con la naturaleza de la misión a la que llama. No obstante, es muy necesario someter esta experiencia de llamada divina y decisión humana a un proceso de discernimiento espiritual.

La vocación no es un proceso intimista entre Dios y el cristiano sino que cuando Dios llama es siempre para asignar una misión dentro del proceso de evangelización: *Designó el Señor a otros setenta y dos y los envió por delante, de dos en dos, a todas las ciudades y lugares adonde pensaba ir. Les decía: la mies es mucha, los braceros pocos; rogad al amo de la mies que envíe braceros a su mies* (Lc 10, 1-2). Todo cristiano tiene que saber que, en tiempos necesitados de una pastoral misionera que trate de hacer significativo a Jesús y su mensaje en un mundo de injusticia e increencia, *el testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de misión.... El testimonio al que el mundo es más sensible, es la atención a las personas y el de caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren* (RM 45). Tiene en sus manos unas prácticas diaconales que transmite muy bien a Jesús a los alejados por el resentimiento, por la indiferencia y la animadversión.

El Papa no tienen ninguna duda de las capacidades evangelizadoras de la caridad: *Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de las palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras-* (NMI 50)

La tradición ilustrada y secularizada no cristiana, pero más honesta intelectualmente, le reconoce racionalidad y funcionalidad positiva a lo religioso cuando es capaz de asumir opciones emancipatorias y liberadoras. Es muy esperanzador que el filósofo español Javier Muguerza le diga al filósofo frankfurtiano Tugendadt: *yo no minusvaloraría ciertas funcionalidades emancipatorias de las religiones occidentales como el cristianismo o el judaísmo. Sin ir más lejos, la lucha de los negros en Estados Unidos por sus derechos civiles fue encabezada por Martín Luther King, un pastor que utilizaba sus sermones en un sentido liberador. Es decir, que también podía darse un renacimiento religioso al servicio de la liberación.* (El País, 16-VII-05) . Es esperanzador porque muy probablemente el lenguaje con el que los cristianos y la fe podemos hacernos relevantes a la cultura secularizada y pluralizada europea es el de la práctica samaritana, emancipatoria y liberadora de la pobreza y de la exclusión social. *La gratuidad de esta actitud y de estas acciones (samaritanas) que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el evangelio. Incluso el trabajar por la paz, por la justicia, lo derechos del hombre, la promoción humana, es un testimonio del evangelio si es un signo de atención a las personas y está ordenado al desarrollo integral del hombre* (RM 42; EN 12; AG 12).

Antes que activa y prometeica opción y misión personal humana, es llamada divina gratuita y previa.

5. La gratuidad y sacramentalidad

El voluntario de Caritas sabe que la acción sociocaritativa no es sólo un acto humano, sino que hay también acción de Dios por efecto de la gracia. La práctica de la caridad es el resultado de la decisión humana de un bautizado que se sabe inhabitado por el Espíritu Santo y que su energía humana está profundamente impregnada de la gracia. *“Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada”* (Jn 15, 5). Esta presencia de la gracia no quiere decir inmunidad al pecado, a la explotación y a la violencia, pues la identidad cristiana es la de ser “simul iustus et peccator” y desde condición dialéctica, es donde el cristiano trata modestamente de

servir con amor preferente a los pobres en perspectiva auténticamente penitencial. *Del médico no tienen necesidad los sanos, sino los enfermos. Id a estudiar lo que significa misericordia quiero y no sacrificios. No vine a llamar a justos, sino a pecadores* (Mt 9,12)

El don de la gracia nos obliga a evitar la dinámica bancaria de invertir en caridad para que se produzcan beneficios en la evangelización o en la sacramentalización. No podemos comprar prosélitos con bolsas de alimentos o programas de promoción. *A estos doce envió Jesús, después de darles estas instrucciones: ...Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis; dadlo gratis.* (Mt 10,5.8).

Por todo lo cual, el voluntario de caritas tiene que ser una persona con una espiritualidad integradora que rompe las dicotomías entre acción y contemplación, compromiso y oración, lucha por la justicia y vida espiritual: La experiencia profunda de Dios es la que rompe todas estas tentaciones porque las integra como itinerario espiritual. *Por ese cariño de Dios os exhorto, hermanos, a que ofrezcáis vuestra propia existencia (activa y contemplativa) como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como vuestro culto auténtico".* (Rm. 12,1).

El voluntario de caritas tiene que asumir como propia la siguiente afirmación del Concilio Vaticano II: *... la liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza* (SC 10). El mismo Concilio en el número anterior (SC 9) afirma que toda la acción evangelizadora de la Iglesia en sus dimensiones de proclamación de la Palabra y de servicio de la Caridad tienen que conducir al ser humano al Misterio, al Sacramento, porque él es el signo visible de la gracia invisible: *... Por ello, la Iglesia anuncia el mensaje de salvación a los no creyentes para que todos conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo y se conviertan de sus caminos haciendo penitencia. Debe predicar a los creyentes continuamente la fe y la penitencia, debe prepararlos además para los sacramentos, enseñarles a guardar todo lo que Cristo mandó y animarlos a toda clase de obras de caridad, piedad y apostolado, mediante las cuales se manifiesta que los cristianos, aunque no son de este mundo, sin embargo son luz del mundo y glorifican al Padre ante los hombres* (SC 9)

La experiencia espiritual del voluntario de caritas tiene que vivirse dentro del contexto comunitario y público de la Iglesia en sus acontecimientos salvíficos. Los sacramentos en su dimensión objetiva son las intervenciones activas por antonomasia de Dios en la vida de los hombres: Dios irrumpe en nuestras personas y comunidades para sobrenaturalizar la vida natural y cotidiana, pero en su dimensión subjetiva son los grandes símbolos de identificación personal y

cohesión eclesial. Cuando un cristiano participa de uno de los siete sacramentos reafirma en su fuero interno su identidad cristiana y se siente en comunión eclesial y cohesión grupal con la Iglesia local y universal. Lo 'sim-bólico' integra la identidad y cohesiona la comunidad, lo 'dia-bólico' desestructura el identidad y rompe la comunidad.

Todo colectivo humano cohesionado y con identidad tiene unos símbolos que le hacen 'sentir' en sus bases emocionales y afectivas unas vivencias intensas que le plenifican, compensan y le gratifican. Los cristianos integrados en caritas hemos 'sentir' nuestros sacramentos como señales que disparan las emociones y los sentimientos, que nos 'ponen la piel de gallina' como a los aficionados al fútbol que vibran de emoción con sus banderas, himnos, colores, gestos y ritos. Dios puede hacer que desde la fe en que los sacramentos son auténticas irrupciones sobrenaturales en nuestra historia podamos sentir la experiencia de gracia con ese entusiasmo y euforia que nos permiten una precomprensión anticipatoria y plenificante de la resurrección de Jesús y de nuestra propia resurrección.

La naturaleza de la relación entre la práctica social de la caridad y la vivencia sacramental de la eucaristía Juan Pablo II la describe en estos términos: *El sacramento de la Eucaristía no se puede separar de la caridad. No se puede recibir el Cuerpo de Cristo y sentirse alejado de los que tienen hambre y sed, son explotados o extranjeros, están encarcelados o se encuentran enfermos* (Mt 25,41-44) (Secrt. Gral. del XLV Congreso Eucarístico Internacional. Textos y Documentos. Sevilla 1994. p. 213-214)

Hay que seguir yendo a Misa los domingos, confesarse al menos una vez año, renovar periódicamente los compromisos del Bautismo, vivir la militancia en Cáritas desde la Confirmación...

6. Esperanza y reinado de Dios

El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir, a los que lo acogen con corazón humilde. Jesús fue enviado para 'anunciar la Buena Nueva a los pobres' (Lc 4,18). Los declara bienaventurados porque de 'ellos es el Reino de los cielos' (Mt 5,3); a los 'pequeños' es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (Mt 11,15). Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre (Mc 2,23-26), la sed (Jn 4,6-7) y la privación (Lc 9,58). Aún más: se identifica con los pobres de todas las clases y hace del amor activo hacia ellos la

condición de entrar en su Reino (Mt 25, 14-30) (Cate. Igles. Cat. 544).

El voluntario de caritas debe tener conciencia de que la atención primaria, la promoción y la transformación de la realidad de pobreza y exclusión que nos envuelve son acciones y prácticas transitorias y penúltimas en el Reinado de Dios, con referencia a lo definitivo y último de plenitud de justicia y bienestar que se nos ofrecerá a partir de la segunda venida de Jesús al final de los tiempos históricos en la casa del Padre. Pero el hecho de que sean transitorias y penúltimas no quiere decir que no sean importantes, ya que el juicio definitivo de Dios nos será favorable si hemos dado de comer al hambriento, de beber al sediento, si hemos acogido al extranjero... (Mt. 25). El Papa indica que *Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, con la lógica de la Encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo. Si esta última nos hace conscientes del carácter relativo de la historia, no nos exime en ningún modo del deber de construirla.* (NMI 52).

Cuando contemplamos las dimensiones enormes de la pobreza, nos puede sobrevenir la sensación de desesperación que nos paraliza, nos sume en la sensación de que no se puede hacer nada, de que estamos ante una realidad social patológica que se ha cronificado, que cualquier acción caritativo-social es inútil (El Papa en NMI 59 reconoce *al comienzo del nuevo milenio... millones y millones de personas al margen del progreso*). Ante la posibilidad de la desesperanza hemos de denunciar el fatalismo social como eminentemente pagano. Lo cristiano es confiar en la fuerza de la gracia y en los recursos humanos y sociales convencidos de que podemos transformar la realidad y la historia como lo hizo Jesús en su Pascua transformadora del pecado en gracia, signo anticipatorio de toda posible transformación social.

La esperanza también desaparece por presunción. Esta última aparece cuando nos sentimos satisfechos de nuestro sistema social, de nuestra forma y estilo de vida, cuando lo consideramos el mejor de los mundos posibles. Se está absolutamente convencido de que las lógicas y prácticas del mercado o del estado van acabar con el paro, la enfermedad, la pobreza, la exclusión (El Papa ha denunciado *la idolatría del mercado en CA 40 y el totalitarismo del estado en CA 44*). Los pobres existen porque se lo han buscado. Lo más razonable es esconderlos y hacerlos invisibles, ya que la refinada sensibilidad del europeo medio no puede soportar, a la hora de la comida o de la siesta, las imágenes de hambre, muerte y exclusión.

Tanto la desesperación como la presunción (son como una patología bipolar) se dan la mano para desconfiar del futuro. Lo niegan porque no nos está permitido esperar nada, en el primer caso por impotencia, en el segundo caso por prepotencia; o no se puede hacer nada, o ya está todo hecho. Sin embargo, *de acuerdo con su promesa esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva en los que habitará la justicia. Por tanto, queridos, esforzaos con esa esperanza por mostraros en paz, sin mancha ni tacha.* (1Pe 3,13-14)

Jsús es quien ha inaugurado el tiempo del reinado de Dios, es decir, el tiempo de la soberanía de Dios, que es lo mismo que decir la posibilidad cierta de que esta humanidad que somos pueda disfrutar de la paz y de la justicia que son las matrices de la inclusión social y del bienestar humano. La gloria de Dios es que el hombre viva (Jn 10, 10). El Dios del reino es el Padre del Hijo pródigo que no quiere que haya pobres, el sujeto agente de la soberanía es el Jesús que dio de comer a cinco mil hambrientos.

El voluntario de Cáritas que espera en el Reino de Dios tiene que liberarse de 'ir de sobrao' (en el lenguaje popular) y prepotente en la confianza de que el Estado por la redistribución rígidamente autoritaria de los bienes o el Mercado por el derramamiento de la enorme riqueza producida, gracias al efecto mágico de la oferta y la demanda, van acabar con la pobreza y obtener bienestar. *Esperanza de lo que ya se ve no es esperanza; ¿quién espera lo que ya ve? En cambio si esperamos algo que no vemos, necesitamos constancia para aguardar.* (Rm 8, 25)

El voluntario de Cáritas que confía en el Reino de Dios tiene que sacudirse el tedio y la tristeza de la pobreza cronificada, el pagano fatalismo de que no se puede hacer nada ante la resistente realidad de pobreza y exclusión. *De hecho la humanidad otea impaciente aguardando a que se revele lo que es ser hijos de Dios; porque, aun sometida al fracaso (no por su gusto, sino por aquél que la sometió) esa misma humanidad abriga una esperanza: que se verá liberada de la esclavitud de la decadencia, para alcanzar la libertad de los hijos de Dios* (Rm 8,19,21)

Fuera del mundo no hay salvación

A. Esteve i Seva
Delegado Episcopal